



Comentario a Colectivos Juguetes Perdidos: *¿Quién lleva la gorra?*, Tinta Limón Ediciones: Buenos Aires, 2014, 160 páginas.

Lucas Pablo Beriain

LESyC, UNQ

“¿Quién lleva la gorra?” está firmado por el Colectivo Juguetes Perdidos, omitiendo detalles respecto a las identidades individuales de los autores que lo conforman (al menos en la portada). Son las banderas rojas, negras, “que guardan nombres”, como se explaya “El Indio” Solari en la canción que el Colectivo acertadamente se apropió. Y si siguiésemos con ánimos de buscar relaciones en la poesía de Patricio Rey y Sus Redonditos de Ricota diríamos que el nombre del libro podría surgir de la parte donde se hace referencia al gorro del diablo en la misma canción. Lo cierto es que los integrantes de Juguetes Perdidos se introducen y merodean, por la problemática que los (con)mueven desde una perspectiva grupal que desestabiliza—o bien, altera—, con sus formas, y lecturas semiestructuradas alejadas del mundo académico. Ese despojo lingüístico, y su nueva forma de encarar cuestiones que podrían estar enmarcadas en la filosofía, la antropología y la sociología, donde se mezcla lo coloquial, los

berretines y ciertas formalidades son, superficialmente, aquella característica de la prosa que embanderan. Pero, sin embargo, es bajo esa superficie donde se encuentra lo destacable de los textos que recopila el Colectivo.

El libro explora el mundo de los pibes y las pibas en los barrios. Habitando sus espacios y recopilando testimonios. La motivación de Juguetes Perdidos, como lo explican en el prólogo, parte de la desorientación. Nadie entiende nada hasta que los pibes empiezan a hablar, hasta que nos ponemos a escuchar. Es a través de ellos donde se da cuenta, y parece vislumbrarse, una reconfiguración, nunca total, de los espacios donde se mueven, dialogan, y ponen el cuerpo, y de los actores con los cuales interactúan en su cotidiano. Con lo cual ayudan a volver a pensar estos “nuevos” barrios. Y la desorientación inicial deja de ser tal para dar lugar a la creación de conceptos. Los cuales dejan abierto un abanico de posibilidades argumentativas y posteriores discusiones.

A la pregunta inicial “¿qué pasa en los barrios?” el Colectivo la responde con las voces de los pibes y sus posteriores reflexiones acerca de las percepciones que tuvieron en barrios puntuales del conurbano bonaerense bajo el rol de talleristas (figura que ponen en cuestión). Además del desarrollo de novedosos conceptos y neologismos que irán ampliándose en cada capítulo, hay lugar para insertar en algunos de ellos “apuntes a la salida de un taller” que les sirve para explayarse y profundizar en ideas puntuales, como en un raptó inmediato de percepciones frescas (por ejemplo, las reflexiones sobre el “descanso” entre los pibes como forma de desplazar la violencia y la noción de “descanso pibe”).

Una serie de definiciones enmarcan el trabajo de Juguetes Perdidos. Quizás las más sobresalientes sean la concepción de la *vida mula* y la figura de los *pibes silvestres*. A partir de la observación y participación de los encuentros en diferentes talleres ubicados en distintos barrios del conurbano bonaerense, el Colectivo logró crear categorías para aquello que percibían en las conversaciones con ellos. La *vida mula* es el puro movimiento, ese saltar de roles que los pibes llevan consigo y un eterno *continuum*. Definen la

vida mula como un *continuum* de trabajo, consumo, familia, códigos morales, etc. Que se aplica esencialmente a ellos dentro de estas reconfiguraciones de los nuevos barrios. A su vez no se trata—lo aclaran—de un *continuum* cerrado, sino que este círculo o línea infinita posee sus fugas, *rajes* que a su vez prometen una salida que puede ser creativa o no. Para decirlo con los autores: “cierto consumo te libera (el consumo pillo, el que corta y fuga, no cualquier o todo consumo), o cierta imagen de familia te puede rescatar, o cierta experimentación te puede abrir a otra cosa (...) o no, o puede ese corte e intento caer de vuelta en una moral, un código que lo reinserta en la cadena...”. La *vida mula* parece ser la imagen de lo interminable, de una infatigable ida cuesta abajo, en un exterior hostil pero donde el interior (del hogar) lo perciben como un espacio agrídulce: cárceles psíquicas y anímicas. Este tipo de categorías no sólo ayudan a entender cierta problemática, o ponerla en cuestión, en este caso la de los pibes en los nuevos barrios, sino que también su contenido posibilita repensarlas en otros ámbitos.

De esta categoría se desprende una definición que atraviesa todo el libro: *pibes silvestres*. ¿A qué se refieren? Ellos lo plantean como aquellos pibes que “están curtidos en la ambigüedad y en la amoralidad del consumo (en donde todo vale)” cuando se preguntan si serán el legado no-político de la década ganada para el futuro venidero. Porque desde ya presuponen que quedaron por fuera de la juventud militante, “por fuera del radar político”. Son estos pibes silvestres los que saltan de vida en vida, de rol en rol. Y lo que está más a su alcance es justamente la vida mula: trabajo, consumo, vida boba, frágiles estabilidades, y la “vida loca” como contracara de esa misma vida mula, etc. Entre paréntesis, aclaremos que los autores llaman “vida loca”, en contraposición a la vida mula, a aquella vía de escape brutal y agitadora a través de las promesas que abarcan el mundo de la vida-narco.

Si bien hacen referencia a Deleuze intercambiando un epígrafe a modo de broma—y provocación, en el mejor de los sentidos—con el grupo de cumbia Mala Fama, hay formas e

ideas que parecen partir de la base de otros pensadores que en ningún momento son nombrados. *¿Quién lleva la gorra hoy?* Es un libro sin fuentes o, en todo caso, la única autoridad que hay que escuchar es la voz de los pibes. Hay otras lecturas que se adivinan en el fraseo y el deseo detrás de esos conceptos que van creando. No sólo no hace falta nombrarlos, tampoco quieren hacerlo. Buscan una escritura que esté cerca de los pibes, alejada de las formalidades y convenciones del mundo académico. Por ejemplo, a la hora de nombrar el descanso pibe o esquina-transa, utilizan una unión entre dos términos que parecen tener una relación con las formas utilizadas por Deleuze en sus ensayos filosóficos al momento de dar cuenta de una figura o categoría a desarrollar. Juguetes Perdidos desde una perspectiva filosófica explican y/o ayudan a repensar el barrio construyendo, así como Deleuze proponía hacer de la filosofía el arte de la invención y de la creación de conceptos.

Lo mismo ocurre con buena parte de las argumentaciones, al menos de base, que manejan en los capítulos con la idea de los cuerpos dóciles y el disciplinamiento (“en cada choque con los pibes los gendarmes no sólo perciben “enemigos”, ven también—y sobre todo—cuerpos a disciplinar (...) moldear a los intratables (...) en las imágenes que circulan sobre las situaciones de *peaje gendarme*, se observa en acción el despliegue de una lógica de *servicio militar a cielo abierto...*”), cuya lectura nos remite directamente al Foucault de *Vigilar y Castigar*, como también a lo que Deleuze vino a reencauzar posteriormente.

Sin embargo, el conjunto de textos que integran *¿Quién lleva la gorra?* parece no tener como fin dar cuenta de las lecturas previas para exponer sus reflexiones o bien detallar y citar el origen de ciertas ideas que desarrollarán. Para quienes acostumbran a leer textos académicos estos les podría resultar incómodo debido a que las referencias no se especifican, no hay un índice bibliográfico, etc. Lo cual, a su vez, lo convierte en un libro singular, sin las ataduras científicas necesarias para que estén bajo su aprobación.